

RELATOS DE
CAL Y ARENA

JOAQUÍN MILLÁN JIMÉNEZ

De la edición © Editorial Cuarto Centenario

De los textos © Joaquín Millán Jiménez

Edición: Editorial Cuarto Centenario

Diseño y Maquetación: IMP Comunicación

Ilustraciones de interior: Pilar Sánchez y Joaquín Millán Jiménez

Impresión y encuadernación: AGSM Artes Gráficas

IBIC: FYB

ISBN: 978-84-12312-3-0

Depósito legal: TO 27-2022

Editorial Cuarto Centenario: C/ Laurel Real, 6 (Valparaíso) 45080 - Toledo
www.cuartocentenario.es

Impreso en España - Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.



Tengo dos nietos, por ahora. Cuando los miro y me miran veo vida, mucha vida. Reúnen todo lo que se puede pedir a los niños. Inquietud, alegría, risas, llantos,... Me gusta, nos gusta que nos llamen abuelos. Es lo que somos. Cuando se van, tengo la sensación de que algo se me escapa. Un abrazo más, un beso más, una sonrisa más. Luego, sentado ante mi mesa, con tranquilidad repaso mis próximas citas médicas, nuestras próximas citas médicas. Son variadas y de momento rutinarias. Y a pesar de que no sé calcular cuántos abrazos, cuántos besos, cuántas sonrisas me esperan, nos esperan, me gusta la vida, mi vida, nuestra vida.

*A todos los que quiero.
Aunque se pierda el recuerdo,
el sentimiento siempre queda.*

AMBIGÜEDAD FÁCILMENTE MANIPULABLE

Llevamos diez años juntos y bien. Al primer vistazo, coherente sería la palabra con la que, quienes nos conocen, mejor definirían nuestra relación. Una convivencia amable, equilibrada, a veces apasionada, normal. Enfocado desde la distancia nuestro espacio vital, desde un principio, se ajustaba a lo pretendido. Luego, fuimos sospechando, sin manifestarlo ninguno de los dos, que algo empezaba a no encajar. Afloraba una ambigüedad parecida a la perspectiva isométrica que debidamente manipulada termina en una figura imposible; atractiva, pero imposible. Las tres dimensiones conocidas no se podrán dar, a pesar de la insistencia, apenas perceptible, de una de ellas. Pequeños detalles, comentarios, miradas, hacían tambalear la complicidad inicial y una leve línea iba marcando la dirección equivocada. Hoy Marta se ha ido.

ARRÍTMICO

Soy arrítmico. Bastante lo siento. Aunque quiera buscar sentido a mis movimientos, mi cuerpo va por un sitio y la música por otro. Lo tengo asumido desde aquel primer baile, a los 14 años, cuando luchaba por no tropezar y aparentar lo menos ridículo posible. Restando los años de mi pubertad, en los que sufría cada vez que sonaban las primeras notas de una canción y decidían todos salir a bailar, lo iba poco a poco aceptando. De ahí que no dejara de procesar la música, intentar comprender el ritmo y conseguir una coordinación decente. Todo en vano.

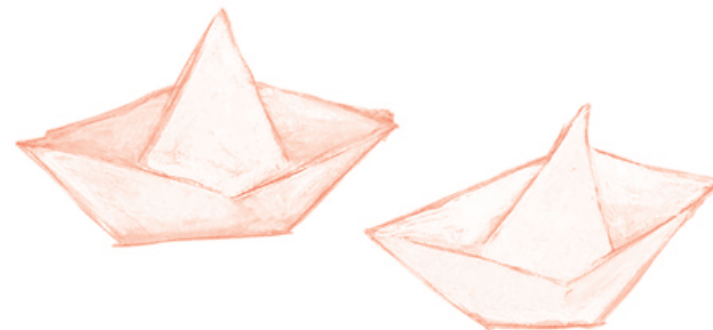
No obstante, recuerdo aquel caluroso verano en el que surgió el milagro. Como siempre, no podía nadie quedarse sentado y yo en mi línea, hasta que observé como Olga, entre la compasión y la admiración, asentía agradecida mi participación. Y sí, ahí empecé a sentirme bien, casi seguro. Yo notaba que ella bailaba muy bien, acompañada y suelta, por lo menos ante mi mirada que intermitentemente se cruzaba con la suya. Animado, quise entender y apreciar su complicidad. ¡Qué tiempos! Aún ahora, cuando lo evoco, se me escapa alguna sonrisa.

¡Pero bueno! ¡Venga, hombre, vamos a bailar! Hay que celebrar el cumpleaños de nuestro hijo mayor. Una vez más, de pie, compruebo que mis torpes movimientos siguen estando intactos y que la alegría contagiosa de Olga es la misma. Me da igual. La música perfecta para el momento y yo a mi propio ritmo. Vamos, desacompañado como siempre.



BARCOS DE PAPEL

Ellos fueron los que consiguieron animar al abuelo a pasear por el parque. *Nos lo habías prometido.* Iban con su mochila y una libreta para intentar dibujar el paisaje. Al llegar, el abuelo, experimentado en papiroflexia, les pidió unas hojas en las que tenían que escribir algún deseo. Con ellas hizo unos barcos perfectos, dispuestos a surcar las aguas. *El barco que llegue antes a la otra orilla de la fuente verá cumplido su deseo.* Entre gritos, aplausos y no sé cuantas frases de ánimo, los dos barcos de papel, casualmente, llegaron a la vez. *¡Qué suerte! Se van a cumplir los dos deseos!* El abuelo desdobló los papeles y su rostro reflejó asombro y ternura. Ambos habían escrito lo mismo: “Que no se separen papá y mamá”.



BUZÓN, TRÁEME BUENAS NOTICIAS

Todas las mañanas, a eso de las doce, después del aseo personal, Esteban se acercaba al buzón que había en la puerta del jardín. Le gustaba hacerlo personalmente. Esperanzado por conseguir su primer puesto de trabajo, confiaba en que algún día se encontraría con esta buena noticia. Tras doce años de vida universitaria y varios cambios de carrera, había rebasado su tercer año de inactividad, salvo la partida de pádel de los martes, la natación de los viernes y mucho paseo en coche. Repitió su asiduo protocolo y regresó al amplio porche. Frente a la mesa saboreaba un café largo con tostadas. *¡Alguna vez tendré que entregar mi currículo!* Su mirada inexpresiva se perdía en el horizonte de la finca.

CALEIDOSCOPIO

Miraba y a la vez giraba lentamente el tubo. El color era intenso y graduable, según la luz que tuviese en frente. Las imágenes se iban multiplicando y cambiaban de forma. Nunca sabía que composición iba a resultar del conjunto diverso de pequeños objetos irregulares, que estaban atrapados entre cristales. Eso le producía inquietud y curiosidad, aunque disfrutaba desde la autocomplacencia del que observa y dispone los cambios. Luego, con movimiento lento, abría el cajón y cuidadosamente lo dejaba en su sitio, en el lugar de siempre. Una fuerte y repentina sacudida hizo que su cara se aplastara contra un cristal, tras un golpe seco. Vestido de amarillo apenas pudo dirigir la mirada a las otras personas, separadas por las láminas de vidrio, cuyos rostros y el color de sus vestimentas no les resultaban conocidos. La coincidencia era casual y dependía del efecto del giro del que miraba por el extremo opuesto. Una noche más se despertó sobresaltado.

CASI, CASI, VIDENTE

¿Por qué será eso? Cuando miro no veo nada más que lo que tengo delante. Soy incapaz de ver “el más allá”, que dice mi amiga Puri. Ya me lo decía mi madre. *Hija mía, que cortita eres y cuantos tropezones vas a dar en la vida.* Tanto se lo oí, que al final he asumido que soy corta de miras, vamos que soy medio tonta. Y aunque parezca que es verdad, en mi interior, sé que no es totalmente cierto. Yo siento cosas que no veo y eso tiene que ser por algo. Lo escuché una vez en la radio y no se me ha olvidado la palabra. Premonición. Seguro que yo tengo algo de eso. La Puri me dice que soy muy sensitiva. No sé si es porque lo siento todo muchísimo o qué. Pero sí, creo también que soy muy sensitiva. Y llevo unos días que no sé qué hacer. Callar o hablar y decírselo a mi amiga Puri, que en cada momento me dice lo que soy. Bueno que me hace una radiografía en seco. No obstante, yo esto sí lo veía venir, cuando Javier, el de la Puri, se acercaba a mí. Con él he sentido muchas cosas y muchas veces. Ya digo que soy muy sensitiva. Pero lo que no quiero oír es lo que va a decir mi amiga, aunque ya lo sé, porque lo adivino. Y no me gusta. No sé. No sé. ¡Ah, si yo pudiera ver ese más allá!

CERCA Y LEJOS

No veo nada y lo veo todo. Sin necesidad de abrir los ojos, respiro y siento. Sí, os siento cerca, casi os toco y me reconforta. Qué agradable es mezclar sensaciones. Tengo cinco sentidos o quinientos. La distancia se reduce. Casi puedo oler vuestra presencia. Os respiro y mi mente vuela. Lejos, pero qué cerca. Ahora sí abro los ojos. No he soñado. Toco mis brazos, sabe a vosotros. Gracias una y mil veces. Definitivamente, no estoy solo.

CUALQUIER TIEMPO PASADO NO SIEMPRE FUE MEJOR

*¡Cariño, estoy retirando los muebles para pintar el salón.
Ayúdame y lleva estas cajas al desván!*

Lo decidió hace unos días, cuando a media mañana, Toñi apagó la aspiradora y, pensativa, con la gamuza en la mano, se sentó en el sofá. La misma idea de siempre le oprimía el corazón. Acababa de quitar el polvo a la vitrina, en donde, apoyadas en las copas de cristal, sobresalían varias fotografías de los antiguos amigos de su marido. En ellos que aparecían dos o tres de sus primeras novias. Eso no le preocupaba tanto. Al fin y al cabo todos eran del pueblo, ya casados y con hijos, con los que tenía que convivir casi a diario. Pero lo que realmente le desconponía era el retrato a acuarela, sesenta por sesenta, que presidía la estancia entre los cortinones de raso verde agua que separaban los dos balcones. Se trataba de Juliana, su predecesora, ya difunta. Se pusiera donde se pusiera, sus ojos parecían seguirla y la mueca de sonrisa burlona la retaba con descaro. Había que actuar, máxime cuando en toda la casa no se exponía ni un solo recuerdo de su reciente boda ni del viaje de novios; y eso que estuvieron diez días fuera. Tenía que imponerse y

ganarle terreno, para que Tomás, el carnicero viudo, que así lo conocían en la pequeña localidad, dejara de añorar el pasado y aparcase para siempre el sobrenombre.

Desde entonces la decoración nunca volvió a ser la misma.

CHEF

Llovía y el anochecer envolvía la cocina a través del gran ventanal. Había encendido las velas, conectado su música favorita y servido una copa de vino selecto, resultado de un ensamblaje varietal, tan conocido como apreciado. Las voces de las grandes divas del jazz y el aroma del tinto complejo y elegante le ayudaban a seleccionar los ingredientes necesarios. El espacio, convertido ya en su auténtico laboratorio, potenciaba el papel protagonista que respaldaba su generosa y reconocida aportación a la gastronomía. Ensayó, mezcló, probó texturas y formas nuevas, que le pudieran agradar, que les pudieran unir de nuevo a los dos. Cerró los ojos y saboreó lentamente. No era sólo su paladar el que decidía, sino el de ella y su recuerdo. Sabía que nunca había dejado de cocinar para ella y por ella, aunque hacía casi diez años que ya no estaba allí. El tiempo y su voluntad habían conseguido que su etérea existencia se fuese moldeando con perfiles tangibles. Avanzó la noche. Anotó el proceso y las sensaciones. Dos meses más tarde, en la carta del restaurante incorporó un nuevo plato. Lo denominó “Lluvia”. Así lo habían decidido.

DIME

De pie, con la mirada fija, suelo contemplarte al comenzar el día. Siento tus movimientos, tu balanceo, tu brillo, tu susurro. Me acaricias una y otra vez y, con renovado ímpetu, me rodeas con tu espuma. Siempre me envuelves y me dejas. Dime, cuando de nuevo te acercas, tú qué sientes, tú qué ves.



DOMINÓ

El calor de la siesta era insoportable, pero si hacías corriente en el dormitorio aún se podía resistir. La calle estaba adormecida y lo único que la mantenía despierta era el golpe seco de las fichas, seguido de la voz que evidenciaba la realidad del movimiento. Cuatro hombres de mediana edad jugaban en la terraza del bar de la esquina. Manoseaban continuamente los pequeños rectángulos y con avidez esperaban su turno. Mentalmente retenían el dibujo, que, jugada a jugada, se formaba en la mesa y así podían adivinar las posibles combinaciones que quedaban por salir. *Imposible, esa la tengo en la mano*. Los errores eran pocos y cuando se cometían, alguno de los jugadores lo advertía. No había enfados; su ceguera les ayudaba a ver la vida de otra forma.